

la poesía de Paz se postula como una corporalidad transparente. Sería demasiado atrevido hablar de un doble del universo puesto que, como él mismo aclara, todo lenguaje es defectivo; pero hay un momento en su poesía —y en toda verdadera poesía— en el que las palabras son una suerte de corporalidad, y el lector se convierte en signo, aunque carnal. Signos y cuerpos parecen rescatados del lenguaje y de la historia y consagrados en el espacio mítico del poema.

Lo que llamamos historia, ese tiempo vivido en sociedad, ha sido encarnado siempre en diversas y contradictorias maneras. Muchos pueblos han querido vivir negando la sucesión de los acontecimientos, otros han visto en la novedad y el cambio su razón de ser. La historia de la humanidad podría verse como una continua lucha, a veces resuelta en danza (aunque siempre con pisotones) del hombre con el tiempo.

Si fuera cierto el pensamiento de que los pueblos felices no tienen historia, nosotros, los hombres del siglo XX, seríamos los más infelices de todos, porque nunca el hombre tuvo tanta historia y tan poco tiempo verdadero. La forma de carecer de historia de los pueblos arcaicos era la negación: no concebían el suceso histórico como categoría de su modo de existencia. A diferencia del hombre moderno que llega a sentir su sufrimiento como absurdo, el arcaico lo veía como desajuste de un orden mayor que, gracias a la posibilidad de regeneración del tiempo, se restablecía. La historia no era para ellos ese tren con el que torpemente la simbolizan nuestros políticos españoles, y que hay que coger o quedar definitivamente anclados en la estación: ¿para qué ir hacia inacabables estaciones venideras si todas han de repetir una primera estación total? Frente a este «terror a la historia», como lo llama Mircea Eliade, los antiguos oponían un tiempo anterior, sagrado. La «caída en la historia» era la señal de la culpabilidad humana. Culpabilidad debida, tal vez, a su abandono de lo indiferenciado. Su miedo a la novedad y el movimiento, características ambas de la historia, reflejaba su afinidad con la naturaleza, el lugar, como dijo Hegel, donde nunca sucede nada nuevo.

La ruptura con el tiempo cíclico —en cuanto a lo que concierne a la cultura occidental— se produjo a través del judaísmo. No fue una ruptura absoluta: en las comunidades agrícolas y en muchos ritos sociales actuales ha sobrevivido una cierta vivencia regenerativa del tiempo, una distancia de la linealidad a la que nos condenaba el cristianismo. La respuesta judaica cambia el tiempo sagrado del pasado al futuro: la imposibilidad de abolir periódicamente la historia se convierte en una esperanza de abolición futura. El caso es tratar de paliar la herida de la historia con algún lenitivo. Por eso Marx decía que la religión era el opio de los pueblos, porque aunque no curaba —ni la religión ni el opio— disminuía el dolor de la enfermedad, es decir, de nuestra orfandad. A partir del siglo XVII, esta carrera en línea recta de la historia comienza a tomar un sesgo algo distinto: al tiempo finito del cristianismo se opone la fe en un progreso infinito. Los albores del tiempo moderno que, como escribe Paz, ha visto la razón como fundamento del mundo, al identificarse con el cambio afirma que nada es permanente. «El principio que funda nuestro tiempo, no es una verdad eterna, sino la verdad del cambio».

Lejos de los absolutos de las religiones y del espíritu de sistema de las ideologías, la poesía —la más marginal y a un tiempo la más radical de nuestras manifestaciones—

<sup>8</sup> El mito del eterno retorno. *Mircea Eliade, Alianza Editorial, 1972.*

proclama que su tiempo es el presente. Aunque se alimenta de los sueños del pasado y del futuro, su forma de vivirlos es, siempre, una exaltación del instante. No es nada raro, para un hombre que ha enaltecido tanto a la poesía, que su relación con el futuro sea controvertida. Paz se rebela contra el futuro. Me adelanto a aclarar lo que todos sabemos: negación del futuro como sentido de la historia no significa negación de la esperanza, del sueño, del deseo de un mundo mejor, sino proclamación de que sólo el presente es el lugar del cuerpo; y, el cuerpo, presencia y presente a un tiempo, ha sido el gran saqueado, el ninguneado, la herramienta de la religión, la revolución, el progreso y las extrañas y perversas ideas que han atribuido el sentido a la historia y no al hombre.

Vuelvo a la idea del futuro, que nos servirá para llegar a la poética del instante de Paz, un tiempo que es negación de la historia y deseo de encarnación en la historia. Los cambios, que tanto horrorizaron a nuestros antepasados, son valorados positivamente gracias a la idea del progreso. No es ya Dios quien salva al individuo sino la sociedad en su incesante perfección. El hombre no se identifica con el cosmos o la naturaleza, sino con la historia. «El trabajo, dice Paz, sustituye a la penitencia, el progreso a la gracia y la política a la religión». Lejos de liberar al presente, la idea del progreso lo vacía de contenido, lo condena a ser un eslabón desechable.

Es sorprendente —pero no es el único historiador ni intelectual que piensa así— que Edward H. Carr<sup>9</sup> haya dicho que la «historia sólo puede ser escrita por los que ven en la historia misma un sentido de dirección». «Una sociedad, dice el mismo, que ha perdido la fe en su capacidad de progresar en el futuro dejará pronto de ocuparse de su propio progreso en el pasado». Bien, no estaría mal; tal vez así, no viendo el pasado como un momento de nuestro «progreso» comenzaríamos a dialogar con él de una manera más real y benéfica: ver en el pasado la pluralidad de lo que somos, ver aquello que Paz tanto demanda en su pensamiento crítico y que es presencia en su escritura poética, el otro, lo otro, el lugar del diálogo.

Siempre que un hombre ha visto con buenos ojos el ahora, han venido cientos a llevarse su ahora al pasado, a decirle que en realidad es una caída o una repetición, o bien que ese momento suyo ha de ser sacrificado en aras de un tiempo venidero mucho más rico. «El principio del deber para con la posteridad, escribió J. B. Bury, es corolario de la idea del progreso»<sup>10</sup>. Una de las características de este deber, digo yo, ha sido el sacrificio, y la víctima, el presente, o dicho con más claridad, la vida misma. Pero afirmar un saber en el que prevalezca la primacía del presente no es todo. Ese saber, piensa Paz, se habrá de fundamentar en una poética. «Me atrevo a decir que esa poética sería la del instante». Para Paz la imaginación poética es anterior a la religión y es el fundamento de lo sagrado. En esto coincide con E. Cioran cuando dice que toda religión es una decadencia de un saber. Ese momento primigenio al que señala el poeta mexicano, aún no sometido a la totalización y codificación religiosa, ese instante en el que «todo era cuerpo», como escribe Norman O. Brown, es el del poema<sup>11</sup>.

<sup>9</sup> ¿Qué es la historia? Edward H. Carr, Planeta-Agostini, 1984.

<sup>10</sup> Citado por E. H. Carr. *op. cit.*

<sup>11</sup> El cuerpo del amor, Norman O. Brown. Planeta-Agostini, 1986.

Uno de los grandes problemas que ve Paz en nuestro tiempo es la «desaparición del tú como elemento de la conciencia». Esto nos remite al pensamiento de Antonio Machado que tanto le impresionó: el que se refiere a la «esencial heterogeneidad del ser». La soledad del hombre moderno está en relación con su incapacidad para sentir y vivir todo aquello que es otredad en él mismo. Frente a este sentimiento verdaderamente desolador, Paz reivindica la poesía como búsqueda de los otros y descubrimiento de la otredad. El gran hallazgo del hombre moderno, la conciencia de la historia, se ha convertido «en pregunta sin respuesta sobre el sentido de la historia». La pregunta central del hombre histórico se refiere a la causa y el sentido de los cambios, y esa pregunta no puede ser contestada por el gran mito moderno paralelo al del progreso, la técnica. La técnica carece de filosofía: sus novedades no nos dan una imagen del mundo, se proyectan hacia un futuro que no acaba de revelar su sentido. Paz ve, no sin ironía pero con expectación esperanzada, un valor positivo en esta operación de la técnica: al fin «la conciencia de la historia —dice— se ha revelado como conciencia trágica; el ahora ya no se proyecta en un futuro: es un siempre instantáneo».

En este instante que es un siempre resuena aquel esplendoroso verso de Lope —«llamar a lo que es temporal eterno»—, y en él, el autor de *Piedra de sol* ve la gran apuesta de la poesía, del tiempo de la poesía: ser deseo de encarnación en la historia, es decir, la poesía como tiempo vivido por todos.

En *Los hijos del limo* explica que, desde el romanticismo alemán, la poesía es un «intento de abolir la contradicción latente en el poema: ser afirmación y negación de la historia». Creo que esta relación es la misma que hay entre habla y poesía. Esta última es, según afortunada definición de María Zambrano, «palabra desasida del lenguaje»; la poesía es el momento en que la lengua extrema sus poderes y se transforma. Es «un instante y jamás». Esta capacidad de revelación no pertenece, obviamente, sólo al poema. En *El laberinto de la soledad* Paz ha mostrado que cuando la fiesta, la revuelta o el amor irrumpen en la historia, ésta se transforma en tiempo primigenio debido al cual, la promiscuidad solitaria, el pragmatismo y la moral estallan, los hombres por un momento viven como aquella pareja de su poema *Piedra de sol* que en medio del estertor de la guerra, al desnudarse y abrazarse, «saltan el tiempo y son invulnerables,/ nada las toca, vuelven al principio,/ no hay tú ni yo, mañana, ayer, ni nombres,/ verdad de dos en sólo un cuerpo y alma».

Por el lado de la filosofía, nos dice, el marxismo ha sido «la última tentativa del pensamiento occidental por conciliar razón e historia. Las dos tradiciones ausentes que un pensamiento revolucionario tendrá que tener en cuenta, son la libertaria y la poética, entendida esta última como experiencia de la otredad».

Si de verdad hemos llegado a considerar el tiempo como un «siempre instantáneo», como un vivir al instante, entonces estamos sentados sobre una bomba: si los actos no tienen como fin el progreso de la humanidad, si la historia no es una prueba a cuyo fin se alcanza el reino prometido, si este tiempo no repite ningún tiempo primigenio, el tiempo de los tiempos donde se asienta el sentido, sino que es único, entonces el hombre está enfrentado, al fin, a sí mismo, a su mortalidad y a su libertad. Ante la visión de este tiempo en el que comienza —según escribía Paz en 1967— «la revuelta de las realidades reprimidas» —y yo añadiría que suprimidas— se alza un reto nada pequeño,

y dudo que tengamos el suficiente temple trágico para tensar ese arco sin que nos fallen las fuerzas, y, sobre todo, sintiendo que el arco, el hombre y el blanco son un mismo momento de una vibración del tiempo. El mayor enemigo siempre ha sido el miedo y ante él, el camino hacia los absolutos, las abstracciones y las simetrías parece ser el más abierto. También el más irreal.

Vuelvo al tema ya para cerrarlo (abrirlo), generalizando el pensamiento de Paz: en el principio todo era cuerpo, pero estalló en millones de fragmentos: las religiones se encargaron de repartirse el botín, la razón criticó todos los mitos y se sentó en el centro del festín de la historia, adoptó formas geométricas e «hizo de las revueltas revoluciones», y de éstas, según expresión acertada de José Moreno Villa que Paz aplica a los sueños geométricos de la razón, «ínicuas simetrías». Tal vez sea la poesía, en el amplio sentido de esta palabra, la llamada a hacernos ver y sentir de nuevo aquel cuerpo, este cuerpo. En realidad lo hace, pero su misión, por ahora, es marginal. No hay otro paraíso, nos dice Octavio Paz, que el abrazo de los cuerpos y la metáfora poética: tanto el uno como la otra transforman «los cuerpos en surtidor de correspondencias instantáneas». Pero, advierte, sólo a condición de olvidarse de sí mismo. No hay fiesta sin sacrificio. El hombre, de nuevo, parece alcanzar el centro del laberinto: el rugido que desveló sus noches era su propio yo amplificado hasta el delirio: es el gran muro, el tótem sobre el que se han edificado grandes mausoleos e infinitas soledades. El reconocimiento implica un movimiento hacia los otros, hacia lo otro. En el centro de ese gravitar hacia el mundo late un sentimiento que aún no he nombrado: su nombre, desgastado, maltratado, sacado a subasta y puesto en las rebajas de los grandes almacenes, es amor. Es un sentimiento antiguo y creo que Paz estará de acuerdo en que deberíamos volver a inventarlo.

El abrazo amoroso, el instante de la poesía —dice en esta cita algo extensa de *La nueva analogía*— «es el momento de la gran abstracción y de la gran distracción: somos el centelleo de un vidrio roto tocado por la luz meridiana, la vibración de un follaje oscuro al pasar por el campo, el crujir de la madera en una noche de frío. Somo bien poca cosa y, no obstante, la totalidad nos mece, somo un signo que alguien hace a alguien, somos el canal de transmisión: por nosotros fluyen los lenguajes y nuestro cuerpo los traduce a otros lenguajes. Las puertas se abren de par en par: el hombre regresa. El universo de símbolos es también un universo sensible. El bosque de las significaciones en el lugar de la reconciliación».

Después de estas palabras de Paz creo que debo finalizar. Coincido con él —entre una infinidad de cosas— en ignorar el sentido de la historia, y tengo serias dudas del valor del hombre para reinventar el amor. Sin él, el mundo de los otros y de lo otro, jamás será «el lugar de la reconciliación». Pero a pesar de este pesimismo, entre las inusitadas revelaciones de los ensayos de Paz y, sobre todo, de la reverberación verde y dorada de sus versos, he oído algo que todo gran poeta ha de recordar al lector, algo que alguna vez supe y había olvidado: que «cuando todo calla el cuerpo habla en silencio» (Norman O. Brown).

**Juan Malpartida**